

## EL DIFÍCIL GÉNERO DE LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA

Saúl Jerónimo Romero

Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta la integridad como arma de la revolución*, UAM-I-Siglo XXI, México, 1998. 300 pp.

El género de la biografía histórica es quizá uno de los más difíciles de realizar tanto por la dificultad de mantenerse alejado del personaje que se está biografiando, como por los retos narrativos que implica. Unir una cantidad de información dispersa que nos lleve a tener una comprensión cabal del biografiado sin perder el equilibrio entre la información necesaria para comprender el ámbito en el que le tocó vivir al personaje en cuestión y los datos personales, sin que parezca que el biografiado tenía todas las decisiones y el control de toda la situación pues, es imposible esa condición, a menos que se conozca de antemano el futuro.

Así es necesario huir de la apología tanto como de la denostación; del exceso de información contextual como de la falta de la misma o del persona-

je irreal que sabía y conocía todas las implicaciones de sus decisiones personales, porque lo más seguro es que sea el historiador, quien las haya reconstruido y las tenga en mente, puesto que él si tiene la oportunidad de ver el futuro del pasado.

Otro punto de no menor importancia para la biografía es el estilo narrativo, los enlaces secuenciales tienen que estar bien delineados, de tal suerte que el lector no perciba saltos temáticos; pero a la vez los detalles no deben ser tan abundantes que el lector se pierda en ellos. Así en ocasiones, es necesario recurrir a las técnicas de la novela, tales como incluir diálogos, utilizar un narrador en primera persona, etc.

A pesar del reto que representa la biografía, al parecer es un género que fascina a los historiadores y a los literatos. Biografías clásicas sobre algunos personajes históricos mexicanos hay muchas y algunas de ellas marcan pausas importantes en este camino, tan

sólo una muestra brillante: *Juárez y su México* de Ralph Roeder,<sup>1</sup> *Sor Juana Inés de la Cruz, O, Las Trampas de la Fe* de Octavio Paz<sup>2</sup> y más recientemente *Pancho Villa* de Friedrich Katz.<sup>3</sup>

En este campo tan complejo se inscribe este libro sobre Adolfo de la Huerta, que muestra algunas afortunadas inconsistencias, que explico más adelante, y méritos importantes. En el prefacio el autor plantea objetivos muy concretos que desconciertan a un lector avezado en lecturas de carácter histórico, pues establece que buscará: “descubrir y dar a conocer datos ignorados de su vida, y plantear nuevas interpretaciones sobre su obra, nos propusimos llevar adelante una investigación en la que se revelaran, en una visión integral, diferentes aspectos de su quehacer político”<sup>4</sup> [de Adolfo de la Huerta]. Lo que lleva a pensar en una biografía erudita y minuciosa que quizá aporte poco a la comprensión de un personaje histórico y sí agregue muchos datos superfluos y poca impor-

1 Ralph Roeder, *Juárez y su México*, FCE, México, 1972 (La primera edición fue de 1947).

2 Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz, O, Las trampas de la fe*, FCE, México, 1982.

3 Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, México, 1998, 2 v.

4 Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta la integridad como arma de la revolución*, UAM-I-Siglo XXI, México, 1998, p. 11.

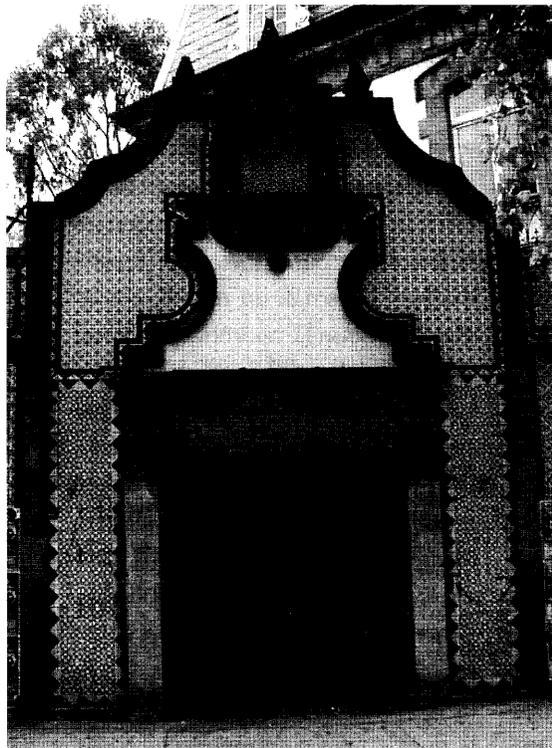
tancia. Poco más adelante declara que desea “desafiar la idea de que De la Huerta fue un político gris y secundario, mero presidente de transición y acaso personaje siniestro y ambicioso”.<sup>5</sup>

El prefacio prelude un tipo de texto que no corresponde al contenido de los siete muy interesantes y bien escritos capítulos sobre la vida de Adolfo de la Huerta, en los que se ahorran al lector pormenores sobre la infancia y juventud del personaje, característica de muchas biografías, información que rara vez aborda aspectos relevantes del proceder del sujeto analizado. Incluso, se llega al desatinado juicio de considerar cualquier acción realizada en la infancia como algo que ya los marcaba como predestinados a ser los grandes prohombres. Así esta historia de vida es una biografía política, por tanto se atiene a la temporalidad que marca la actividad política de Adolfo de la Huerta.

El tratamiento de las acciones de De la Huerta es abordado con mesura; como ejemplos, vale la pena revisar el capítulo, “Un alzado contra Obregón” y el epílogo: “La perenne rebeldía” capítulos en los que es posible ver un equilibrio entre las acciones del biografiado y los acontecimientos, en donde a pesar de ser el eje central De la Huerta no hay una sobre dimensión del personaje, ni tampoco un espíritu apologético.

En esta reconstrucción existe otra

promesa, implícita que es pertinente aclarar, incumplida y esa si es una lástima que no se haya tratado en el texto; pues en el ya citado prefacio comenta que De la Huerta pasó de ser un personaje con características notables a ser un renegado revolucionario y que fue el poder obregonista-callista el encargado de borrar los rastros de su paso por la política capaz de favorecerle.<sup>6</sup> Sin embargo, el autor no se detiene en su texto a mostrarnos cómo ocurrió ese fenómeno de convertir a



Mansión en la esquina de Insurgentes y Hamburgo.

un político con virtudes y defectos en la “figura negra de la revolución”. Múltiples preguntas se pueden hacer al respecto: ¿Cómo se construyó esa versión oficial? ¿Fueron los historiadores

o los periodistas o los voceros oficiales los encargados de crearla y difundirla? ¿Qué obras? ¿En qué momento? Todas ellas quedan en el aire, no se puede saber su respuesta de la lectura del texto.

Lo que tampoco puede demostrar el autor es la idea de que De la Huerta no fue un político gris y secundario, mero presidente de transición y esa, sí era una promesa hecha al lector. Sin embargo, si logra mostrar que no era siniestro ni ambicioso. De la lectura de esta biografía, desde mi punto de vista, se confirma la imagen de un personaje gris y secundario, quizá no siniestro, por el contrario, y eso sí queda claro, era honrado y con una ética a prueba de cañonazos, de aquellos que tiraba Obregón, rasgo poco común en esos momentos; pero no era de ninguna manera un estadista, tal vez un buen operador político, como lo demuestra en sus negociaciones con los caciques regionales en los años veinte. En fin, a veces los textos dicen más de lo que los propios autores quieren decir.

En otro orden de cosas, el libro se lee rápido porque está bien escrito y la gran cantidad de referencias que muestran una buena investigación en múltiples archivos y fuentes son un buen complemento de la investigación; pero de ninguna manera rompen el estilo ágil y con una buena tensión narrativa. En suma cumple bien con las exigencias que le impone el difícil género de la biografía histórica.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

# DE CÓMO SE ORIGINÓ EL FRACASO LIBERAL DURANTE LA REPÚBLICA RESTAURADA

Valeria Cortés

En 1978 Laurens B. Perry publicó *Juárez and Díaz. Machine Politics in Mexico*<sup>1</sup> en Northern Illinois University, con el fin de presentar su hipótesis sobre el origen y el funcionamiento de la maquinaria política en México y por extensión en la mayor parte de los países sudamericanos.

Una de las aportaciones del texto es proponer una nueva reflexión en torno a la división tradicional de los periodos para el estudio de la historia de México en el siglo XIX; es decir, la historiografía tradicional señala como primer periodo al comprendido de la fecha en que inicia la guerra de Inde-

pendencia hasta 1821 o 1824, después la Primera República hasta 1854; la Reforma y la Intervención hasta 1867; la República Restaurada hasta 1876 y el porfiriato hasta 1910 o 1911. Su propuesta consiste en señalar que 1876 fue “menos un parteaguas” en la historia de México de lo que afirma la historiografía tradicional. Pues ésta señala a la República Restaurada como un periodo que inicia con el optimismo suscitado por la victoria liberal sobre el Imperio de Maximiliano y la vindicación de los ideales republicanos de la Constitución de 1857 y termina con el levantamiento armado en contra y la primera administración de lo que en adelante se convertiría en la dictadura de Porfirio Díaz.

La hipótesis principal es que el optimismo de 1867 fue injustificado pues

la república liberal fracasó. Para argumentar tal afirmación, el estudio se centra en un análisis profundo y minucioso sobre la política y el militarismo durante la República Restaurada de 1867 a 1876, en el cual Perry realiza una descripción metódica de la doctrina liberal adoptada por los gobiernos de Juárez y Lerdo, en contradicción con las prácticas reales de esos mismos gobernantes, para examinar el sistema de gobierno, el modelo liberal en el que se fundó y lo que considera “el trágico defecto del carácter político de México”; es decir, el origen y desarrollo que experimentó en esos nueve años el sistema político mexicano. Esta es otra propuesta interesante del trabajo de Perry, señalar el periodo de la República Restaurada como un momento histórico que aporta datos importantes para explicar cómo está formada “la maquinaria política” en México y cómo funciona, incluso hoy en día; pues en el desarrollo del trabajo no se limita al relato de los sucesos políticos y militares de la década, sino que trata de examinar los orígenes de las facciones de oposición, la práctica electoral; la importancia del caudillismo regional, sus enfrentamientos políticos y militares y las consecuencias de estos; las manifestaciones del federalismo y la importancia de la existencia de facciones en el Congreso.

De este modo Perry pretende expli-

<sup>1</sup> Laurens B. Perry, *Juárez y Díaz. Continuidad y ruptura en la política mexicana*. UAM-Ediciones Era, México, 1996. 430 pp.

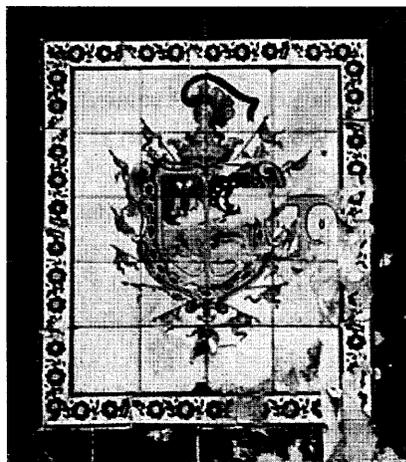
car el fracaso del liberalismo, los orígenes de la maquinaria política de México y, “en cierto grado, la condición política de América Latina en general”, aunque esto último lo ofrece como una conclusión que el autor considera inmediata, dado que el esquema político que ofrecía México fue más o menos frecuente en otros países de América Latina.

El libro está dividido en dos partes. La primera pretende demostrar que existieron contradicciones entre la doctrina liberal y las condiciones concretas existentes en México, de manera que la práctica política real se desvió del modelo liberal adoptado, contribuyendo de esta forma a su fracaso, dada su imposibilidad de responder a las necesidades sociales, económicas y políticas concretas del país.

Perry señala que la tradición historiográfica mexicana que se ocupa de la República Restaurada señala a Juárez como el dirigente capaz para establecer definitivamente en México al liberalismo decimonónico, lograr el establecimiento de la República venciendo de forma definitiva al conservadurismo y a la monarquía europea, el expansionismo norteamericano y lograr la unidad nacional. Sin embargo el “grandioso plan no pudo ponerse en práctica porque no coincidía con la realidad mexicana”. Una de las razones que explican tal contradicción es el origen del programa liberal y el traumático proceso de adecuaciones que sufrió a lo largo del siglo XIX; sin embargo el liberalismo quedó inscrito en la Constitución de 1857, que sugería la existencia de instituciones políticas republicanas, valores sociales democráticos, derechos civiles para

proteger al individualismo, los principios económicos del *laissez-faire* y un fuerte componente de anticlericalismo.

En cuanto a la relación entre el federalismo, el regionalismo y el caudillismo, la circunstancia acusaba una paradoja importante, pues aunque el federalismo debía imponerse para proteger las garantías individuales contra la dictadura centralista no fue posible que la política centralista de Juárez y Lerdo respetara tal principio inscrito en el artículo 40 de la Constitución, aun cuando el regionalismo era considerado un obstáculo para la unidad nacional. Pero México era un mosaico de regiones, de ello tenían conciencia todos aquellos que pretendían gobernar el país, así que intentaron subordinar el regionalismo al nacionalismo “sin destruir el federalismo mediante el centralismo”, tarea que hacía más difícil el caudillismo, por otro lado considerado fundamental para gobernar a México. En esta misma línea la práctica política real señala a un ejecutivo fuerte ante un poder legislativo debili-



Escudo en la casa de Insurgentes, Hamburgo y Havre.

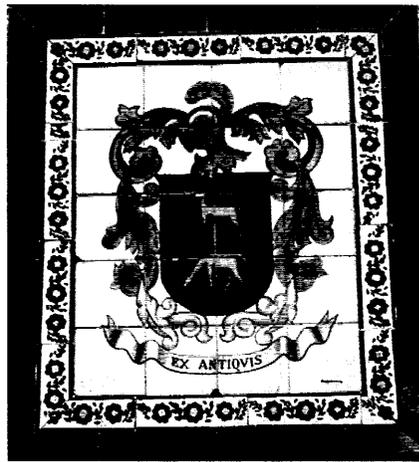
tado, aun cuando la teoría liberal había plasmado en la Constitución que fuese un sistema parlamentario, en el cual el gabinete reflejara al partido que era mayoritario dentro del Congreso. Sin embargo Juárez y Lerdo actuaban como si la realidad mexicana exigiera un político fuerte, fraguando así que muchos congresistas no aceptarían la concentración del poder en el ejecutivo, votarían con los opositores y terminarían apoyando a Díaz en 1876.

En cuanto al liberalismo económico Perry señala que las condiciones reales del mercado, la industria y la iniciativa privada, casi inexistentes en México, impedían poner en práctica el modelo de *laissez-faire*, por lo que los gobiernos en la Restauración de la República no pudieron evitar las políticas de exclusivismo y favoritismo. La demanda de una estabilidad nacional debía basarse en el desarrollo económico, pero las circunstancias empujaron al gobierno a un centralismo político, hecho que sirvió de justificación para la insurrección del 76. Del mismo modo, el grupo liberal supuso que el pueblo mexicano podía y quería apoyar a las instituciones republicanas y participar en la vida política de la nación, pero en realidad dado el alto porcentaje de analfabetismo en la población, su indiferencia política y su tradicional subordinación a la autoridad local, hacía evidente que la población no estaba preparada para asumir las responsabilidades de las instituciones republicanas. De este hecho tuvieron conocimiento los políticos liberales, por ello hacían elecciones indirectas. Todas las referencias a la “opinión pública” y a la “voluntad popular” en todo acto político del periodo eran expresiones

del sueño liberal que jamás se vio concretado.

En la segunda parte del texto Perry muestra cómo las circunstancias reales del país se impusieron a los ideales liberales, de tal manera que las prácticas políticas fueron creando la tradición del sistema político mexicano, con características opuestas a lo soñado por los liberales: la política centralista, la presencia de un presidente fuerte que, en cuestiones económicas principalmente, asumió una actitud protectora y favoritista con aquellos que contaban con capital y medios suficientes para promover la industria y el mercado nacional. Además señala que tales prácticas generaron el descontento de liberales comprometidos con sus ideales doctrinales, que constantemente criticaron las prácticas dictatoriales por parte del gobierno y a la larga se adhirieron a los grupos de oposición que favorecieron a Díaz en sus levantamientos en contra del gobierno y en defensa del liberalismo.

Por su parte el gobierno, incapaz de resolver los problemas sociales y económicos que obstaculizaron la formación de una ciudadanía que legitimara y sostuviera la creación y el fortalecimiento del Estado-nación, prefirió sustituir la realidad social, que no respondía a las aspiraciones liberales, por un «pueblo» ficticio, la «voluntad popular» y la «soberanía» que no existió más que en los discursos políticos.



Escudo en la casona de Insurgentes, Hamburgo y Havre.

De modo que tampoco era necesario acudir al sufragio real para legitimar la existencia del gobierno y sus decisiones políticas.

La oposición se crea y se fortalece con aquellos que se oponían a que el liberalismo, en la práctica política, no rebasara su calidad de doctrina y sufriera desplazamientos por parte de prácticas contrarias a sus ideales. De modo que el levantamiento de Díaz pudo ser visto como el de un caudillo capaz de cambiar las cosas. Para demostrar esto, en la segunda parte del libro Perry describe y analiza los mecanismos que dieron lugar a la oposición política y militar que apoyó a Díaz en sus dos levantamientos en contra del gobierno. Díaz se presentó a sí mismo como un caudillo que rescataría al liberalismo para ponerlo en práctica.

Los argumentos que expone Perry muestran que la dictadura de Díaz se había ido construyendo aun antes de que él mismo asumiera el poder, pues las circunstancias políticas, sociales y económicas reales del país facilitaron que las actitudes asumidas de forma más o menos discreta por Juárez y Lerdo, se concretizaran con Díaz y tomarán forma de aquello que la teoría liberal quiso evitar a toda costa: la dictadura.

Durante esa década fue evidente la urgencia de tres elementos del liberalismo: valores sociales democráticos, derechos civiles garantizados y participación popular del gobierno fuerte. Pero no había tradición mexicana que la apoyara. La práctica que se propuso cambiar las tradiciones de la realidad, fue permitir la combinación y la concentración del poder político y económico. Por su parte el liberalismo no ofrecía soluciones al dilema.

Perry muestra en sus conclusiones que la transformación del liberalismo promovida por la intervención del positivismo, facilitó la confirmación de la tradición del sistema político mexicano vigente aun hoy en día. Para éste autor el proceso del fracaso del liberalismo se repitió en el resto de América Latina, produciendo similares resultados. Esta afirmación no es suficientemente argumentada en su libro, se trata más bien de un planteamiento propuesto para un estudio de los sistemas políticos de América Latina.